DECADENCIA Y RENOVACION DEL OCCIDENTE

ENSAYO DE DETERMINACIÓN DE UN CRITERIO VALORATIVO DE LA HISTORIA HUMANA

POR

GERHARD KROLL

Hay muchos que juzgan falso hablar de una decadencia de Occidente, e intentan interpretar la Historia moderna como un proceso en el cual se evoluciona gradualmente de la estrechez de las condiciones de vida recibidas a una libertad siempre mayor. Ven la fuente de la verdadera felicidad primordialmente en el progreso científico y técnico, y sostienen con toda firmeza la opinión de que ahora precisamente nos hallamos en un momento cumbre de la historia de la Humanidad. Sobre todo, el materialismo dialéctico interpreta la Historia como un proceso constante de progreso, en el cual a la evolución social le compete la tarea de llevar al mundo, en cabriolas dialécticas, hasta los brazos del marxismo, el cual se autoconsidera como la institución perfecta y salvadora, al tiempo que intenta anular la salvación de origen divino, considerándola como superstición oscurantista.

Con otras palabras: si se pretende precisar en la Historia las épocas de apogeo y decadencia, y no queremos vernos arrastrados inermes por la corriente de la Historia, necesitamos una medida valorativa segura, un criterio según el cual podamos formarnos un juicio. Debemos saber qué es lo que ha de ser considerado como bueno y exacto, como verdadero y justo, para ponernos a resguardo de todas las corrientes de pensamiento inauténtico, tanto científico como filosófico, que nos acosan con sus juicios falsos.

El hecho de buscar esta medida valorativa de lo bueno y de lo justo, para orientarnos según ella, no indica que podamos abarcar definitivamente con nuestro juicio el conjunto de la realidad histórica. El solo intento sería ya desmedido. Un rótulo, un indicador de carreteras que nos permite caminar en dirección correcta, no nos revela, ni con mucho, todos los detalles del camino, todos los accidentes del terreno, que sólo llegamos a conocer cuando recorremos la distancia por nosotros mismos. Pero aun entonces tampoco sabemos todas las particularidades del camino. Queda siempre

planteada la cuestión de si lo adverso, lo odioso y malo ha de considerarse como algo necesario en la Historia, o si ha de ser juzgado, al menos por la Historia, como algo que no debiera existir. El que acepta todo lo acontecido pierde la medida de lo bueno y de lo justo. Creyendo con Hegel penetrar más hondamente en la actividad del "espíritu del mundo", no ve que la lucha del bien y del mal representa la lucha de los valores últimos opuestos entre sí, que no se puede encasillar, ni siquiera por medio de una dialéctica atrevida, en la categoría de necesidad histórica.

Respecto a este punto, sabemos los cristianos que Dios encamina el mal al bien; cabalga—parafraseando una expresión de Max Scheler—a lomos de la mala acción y lo conduce a donde ésta no quiere. Para quienes no tenemos un entendimiento divino, lo malo y lo adverso sigue siendo un misterio, y apenas comprendemos que sea permitido por Dios, aun teniendo un conocimiento profundo de las esencias de la libertad humana y sabiendo que, si Dios quisiese cortar la posibilidad de un abuso de la libertad antes que nosotros nos determinásemos libremente, quedaría anulada *ipso facto* la libertad misma del hombre. En realidad, sólo comprendemos muy imperfectamente las tinieblas que hay en el mundo, y a causa de ello valoramos de igual modo su *no-deber-ser* y su realidad histórica, que amenaza con desbordarnos constantemente con su prepotencia.

Pero volvamos a la cuestión planteada al principio sobre la justa medición valorativa de la Historia. En un mundo en el que todos los criterios se han resquebrajado, todas las tablas de valores que en un tiempo eran consideradas como inmutables han sido subvertidas; lo falso se considera como verdadero y lo verdadero como falso; la verdad tiene valor de mentira y la mentira de verdad, y parece imposible, a simple vista, fundamentar de un modo firme los juicios valorativos de la Historia. Los juicios son diversos, según los puntos de vista filosóficos o ideológicos que se mantengan; aún más, a veces son contradictorios; pero esta confusión general abre las puertas a un relativismo de los valores y desemboca en un cinismo que considera los valores en sí como engaño, como mero juego de palabras que se habría de desenmascarar. Todo país en el que florece el liberalismo experimenta esta inseguridad en la valoración de las cosas, sólo comparable a la confusión babilónica. Y, sin embargo, habremos ganado mucho terreno si al menos estamos de acuerdo en que todo juicio valorativo radica, en última instancia, en una metafísica, y que, sin la iluminación de

este punto de vista metafísico, dicho juicio valorativo será siempre en esencia necesariamente arbitrario, por ser indemostrable.

En este punto hemos de agradecer mucho a los nuevos tiempos, ya que nos han ayudado a ganar en claridad al reducir la multiplicidad de posibilidades metafísicas a dos puntos de vista decisivos y antagónicos. Prácticamente, hoy nos queda tan sólo la posibilidad de considerar al mundo en su totalidad o como fruto del azar o como creación de Dios. Una tercera posibilidad, que representó un gran papel, especialmente en la filosofía del idealismo alemán, a saber, el unir de tal manera a Dios con el mundo, que Dios y el mundo vienen a ser una misma cosa, está hoy día prácticamente descartada; todo panteísmo y panenteísmo tiene que considerarse hoy como superados, teniendo en cuenta los logros de las ciencias naturales modernas, que nos demuestran la limitación espacial y temporal del universo. Pues aunque sólo consideremos, de entre todas las propiedades que atribuímos a Dios, la eternidad y la infinitud, ya resulta incomprensible que las categorías mutuamente contradictorias de finitud y eternidad puedan ser al unísono atributos de lo divino.

Esta es la razón por la cual el materialismo dialéctico atribuye tenazmente al universo como un todo las propiedades de eternidad e infinitud, pues en caso contrario tendría que explicar cómo el mundo ha salido de la nada y quizá dentro de un límite de tiempo relativamente corto—hoy se calcula unos cuatro mil millones de años—, tarea para la cual no se siente capaz, a pesar de sus atrevidas cabriolas dialécticas. Renunciemos a enumerar al detalle las razones que se alegan en favor de estas dos concepciones fundamentales, es decir, el mundo como creación o como azar. Nos contentamos con dejar consignado que en el mundo moderno sólo son posibles estos dos puntos de vista fundamentales mutuamente opuestos, y que no es uno de los méritos menores del materialismo dialéctico—como hace notar el profesor A. Wetter—haber destacado claramente el perfil de estas dos posiciones radicalmente antagónicas de entre una multiplicidad de posibilidades intermedias, tal como cree verlas todavía el liberalismo.

Todas las místicas indias, toda fe en los dioses, cuyos representantes en Alemania eran Goethe, Schiller y, sobre todo, Hölderlin, pierden de esta manera su fundamento. O es Dios el único creador del universo, o este mundo, uno y finito al mismo tiempo, tiene que explicarse *por sí mismo.*

Ahora bien: la edad moderna, con lógica inquietante, ha intentado explicar el mundo en su totalidad por la casualidad, es decir,

prescindiendo de Dios. Muchas generaciones han tomado parte en este proceso; pero la clave de esta evolución es, sin duda, el materialismo dialéctico, que, apoyándose en la dialéctica hegeliana, no se contenta con negar simplemente la existencia de Dios, sino que emprende la tarea titánica de hacer evolucionar a saltos dialécticos al mundo en su totalidad a partir de un ser eterno, transponiendo la iniciativa creadora de Dios como espontaneidad en la materia misma, sin poder explicar con ello en lo mínimo el plan conjunto de la creación desde la configuración del átomo, pasando por el cristal y las moléculas de albúmina, hasta llegar a la grandiosa multiplicidad de estructuras del mundo vegetal y animal. Por lo demás, sería mucho más fácil de comprender—permítaseme esta digresión—que una lente fotográfica se formase por sí misma de arena, cal y sodio, mediante un automovimiento dialéctico propio de la materia, que, por ejemplo, el ojo inmensamente complicado del hombre, cuya lente se acomoda automáticamente a todas las distancias sin nuestra intervención. Si fuera verdadera la doctrina del materialismo, los mejores objetivos fotográficos se darían en la Naturaleza por lo menos con frecuencia numérica, tan semejante al menos a, por ejemplo, los ojos compuestos de los insectos, que existen a miles de millones, y cuya autoconfiguración espontánea es mucho más difícil de imaginar que el cristal óptico fabricado por el hombre con simples compuestos minerales; y no nos veríamos obligados a perfeccionar y fabricar con penosos procedimientos las lentes fotográficas o, tal vez, a importarlas de países extranjeros.

Pero el que el hombre de la época moderna intentase explicar el mundo como fruto azaroso, y lo que es más importante, el obrar en conformidad con ello, ha influído profundamente en el destino del mundo.

Por el contrario, la tendencia de la cristiandad en la Edad Media a explicar el mundo como creación de Dios y someterse aún en la vida diaria al orden divino, ha llevado a un orden y a una cultura radicalmente distintos de la concepción moderna del mundo, cuya contraposición sólo podemos comprender si interpretamos correctamente la relación que existe entre los diversos sistemas ideológicos. Así, pues, tenemos ya la primera respuesta provisional a la cuestión del apogeo y decadencia de Occidente. Según que consideremos al mundo en su totalidad como creación o como acaso, llegaremos a conclusiones completamente diversas, según el punto de vista metafísico que aceptemos a este respecto.

Ahora bien: ¿en qué se diferencian los dos puntos de vista

para la valoración de las acciones humanas y, por tanto, para la valoración de la historia humana? ¿Qué consecuencias diversas se deducen, también para la valoración de la situación actual en que el mundo se encuentra, de estas dos concepciones fundamentales radicalmente opuestas? Si sostenemos el mundo como creación de Dios, admitiremos que aquél expresa la voluntad de Dios. En tal caso nos vemos ya a nosotros mismos y a las cosas del mundo no como mero azar, sino como creados y queridos por Dios, aun cuando Él, a primera vista, se oculte tras los procesos naturales. No se nos aparece—prescindiendo por ahora de la revelación cristiana—cara a cara, sino que deja a nuestro arbitrio el buscarle en las cosas o el despreocuparnos de ello.

El hombre realiza con ello una experiencia fundamental.

La parte de la creación inferior al hombre se nos muestra evidentemente asegurada y regulada por un orden natural. Las órbitas de los planetas están tan bien ordenadas como las fuerzas del átomo; el flujo de la vida tiene un equilibrio que tiende a la conservación de todo ser viviente, de modo que ninguno desplace o aniquile totalmente a los otros. El biólogo alemán Woltereck ha confirmado bellamente este equilibrio en un simple estanque, mostrando que el conjunto de seres que viven en un estanque están tan de acuerdo mutuo en el agua y en el aire que ninguna especie perece si la mano humana no interviene en la economía de la Naturaleza.

El orden de lo viviente de grado inferior al hombre va todavía más lejos a este respecto. Está sometido, por ejemplo, a unas leyes estrictas, que prescriben, por ejemplo, al animal determinadas acciones que exigen un gran sacrificio y esfuerzo; deja libre a la capacidad de adaptación un determinado margen, que, sin embargo, según nuestras experiencias, no puede ser cambiado por el animal, y que le fija al mismo tiempo el radio de acción en que puede moverse.

Ningún pájaro puede llegar a pensar que la eterna cría de sus pajarillos sea una carga, que hay que pensar en apartar de sí para poder en el futuro llevar una vida más confortable; pero el hombre sí lo puede. La vida de grado inferior al hombre está asegurada por un orden maravilloso, que no conoce ninguna clase de libertad. Y, sin embargo, los animales llevan a cabo obras que nosotros, en principio, no nos podemos explicar. El hombre, en último término, no puede entender ni explicar el vuelo del pájaro ni la unión de las abejas, hormigas y termites para formar verdaderos Estados. Tan sólo le queda el inclinarse con admiración ante estas

maravillas. Sabemos, sin embargo, que estos actos no son acciones racionales, en el sentido de los actos humanos, ya que el animal no puede ensanchar el ámbito de su acción ni trazar nuevos planes, sino que obra según un plan innato, del que él mismo no se da cuenta. El castor, que construye artísticos castillos en el agua, que se pueden comparar sin más con las construcciones humanas, no puede determinarse a usar en el futuro para sus construcciones, por ejemplo, a causa de la creciente falta de madera, hormigón armado en vez de árboles. Pero el hombre puede hacerlo.

La golondrina no puede construir un nido de jilguero, ni un petirrojo uno de mirlo. El hombre, sin embargo, construye en el estilo que más le place.

Este orden rígido de la vida de grado inferior a la del hombre aparece claramente como planeado de antemano, si lo miramos más de cerca. Los seres vivientes realizan en su vida los planes que ellos mismos no trazaron. Ello significa que no conocen la libertad, y, sin embargo, realizan un orden que está impreso en ellos y asegurado por órganos de orientación extremadamente complejos. Y, sin embargo, en lo humano se rompe este orden. El hombre es un ser de índole tan diferente a la de los animales que parece absurda la idea de que haya podido venir del animal por vía de evolución, si bien presenta en su organismo tantas semejanzas con los animales más desarrollados. Por lo demás, confundir la semejanza con la dependencia es un truco muy del gusto de la ciencia moderna. El darvinismo y el lamarckianismo han logrado aquí auténtica maestría. Muchos de los procesos que en el animal están determinados por el orden natural se realizan libremente en el hombre, y, por tanto, de modo indeterminado. Por ello se le han dado al hombre otros medios distintos de los del animal para alcanzar su fin. El hombre está estructurado en la creación de modo radicalmente distinto al del animal, e importa no olvidar esta diferencia.

Mientras que con relación al animal hablamos de instintos, entendiendo con ello el conjunto de órganos de orientación que marcan las reglas de conducta que debe seguir forzosamente el animal, con relación al hombre hablamos de la razón. Podríamos ver la esencia de la razón en el hecho de que el hombre puede desmembrar un acontecimiento en causas y efectos, en que puede ver relaciones causales, cosa que no puede el animal, y, además, en que él va hacia el fin según unos planes trazados por él mismo, quedando libre para ordenar de tal modo las causas que consiga tal determinado fin.

A diferencia de los animales, es él un ser que traza él mismo

sus planes; que, por la libertad que le ha sido concedida, puede cambiar los planes si cambian los fines, sin sentirse ligado por fuerza a un orden natural dado. Se dan también en el hombre, sin embargo, procesos biológicos que se realizan sin su intervención, que se regulan por sí mismos según unas leyes ya anteriormente determinadas y que se sustraen por completo a sus planes libres. En esta esfera es él muy semejante a los demás seres vivientes; él puede, partiendo del orden misterioso que actúa sobre él, hacerse una idea del orden total que regula a los seres vivientes, por cuanto él participa también de dicho orden, si bien parcialmente, ya que una parte de su plan vital puede ser trazada por él. Bástenos recordar como ejemplo el papel que desempeña el corazón humano al impulsar la circulación de la sangre, el metabolismo que regula el cambio de los alimentos en energía y sustancia del cuerpo humano o la actividad del sistema nervioso, que efectúa la transmisión de las sensaciones desde los órganos de los sentidos a los centros motores del espíritu humano.

Lo nuevo en el hombre no son, como queda dicho, los procesos que se regulan por sí mismos, que le son comunes a los demás seres vivientes, sino el estar provisto de razón y libertad, que le elevan absolutamente sobre el plano de los animales más desarrollados. Vamos a concentrar, por tanto, en lo que sigue nuestra atención en la libertad humana, que, juntamente con la razón, es la que nos hace comprensibles las peculiaridades de la conducta del hombre.

Como el conjunto de la vida humana no está simplemente encerrado en un cosmos de leyes naturales, el hombre tiene que proponerse a sí mismo sus fines, y, escogiendo sesudamente los medios que conducen a ellos, conseguir estos fines. Difícil tarea ésta, que expone al hombre a peligros desconocidos para el animal. Aun al proponerse los fines más sencillos, que provienen de las necesidades más apremiantes, como la comida, el vestido y la habitación, el hombre es libre para escoger los medios; y no sólo esto: el hombre puede llegar a considerar estas acciones como una carga y poner fin a su vida, cosa que no puede hacer el animal. La recta conducta del hombre no está determinada de un modo inmediato; el hombre es, con frase del filósofo alemán Nicolai Hartmann, un ser amenazado de dentro afuera. Las relaciones del hombre con sus semejantes no se regulan forzosamente por sí mismas, sino que se realizan en libertad, y por eso se da entre los hombres la problemática de una conducta recta, así como también la posibilidad efectiva de su destrucción voluntaria. Por eso precisamente nece-

sita el hombre de una norma según la cual regirse; necesita vincularse a unas costumbres, un derecho y un orden, que eligen lo que debe hacerse de entre la pluralidad de los posibles y dan una dirección a su conducta de acuerdo con su condición de hombre.

En la creación visible, sólo en el hombre se dan moralidad y derecho; sólo el hombre puede obrar inmoralmente y llegar a ser un infractor de la ley.

Y ¿dónde puede el hombre encontrar esta norma, que le prescribe válidamente cómo tiene que comportarse?

Si consideramos las dotes del hombre, vemos que éstas no se reducen a su razón—que aquí podríamos considerar limitada a la facultad intelectual—ni a su libertad, que está estrechamente unida con el querer consciente. El hombre tiene también sentimientos; siente dolor, alegría, desesperación, y este sentir es para él de una importancia capital. No sólo porque el sentimiento establece un contacto vital y rápido con el mundo exterior, y muchas veces es el primero en proponer al entendimiento determinadas tareas de penetración analítica—¿por qué me es simpático aquel hombre y éste no?—, sino que, además, el sentimiento lleva siempre un matiz valorativo tan fuerte que la moderna filosofía de los valores ha considerado al sentimiento con razón, como una fuente de conocimiento especial. No sólo los valores estéticos se sienten primero y luego se explican racionalmente, sino que también el derecho y la injusticia, por lo general, se perciben antes con el sentimiento. Muchas veces, los errores del pensamiento son percibidos por el sentimiento antes de ser descubiertos por la razón. Queda aquí abierta la cuestión de hasta dónde el sentimiento se puede equivocar; la posibilidad de error se da fundamentalmente en el sentimiento tanto como en la razón, por lo que en este caso se habla, no sin razón, de la ceguera del sentimiento. En la época de Goethe se tenía una casi completa ceguera para percibir los valores del maravilloso arte de la Edad Media, mientras que se tenía un contacto vital con los valores del arte antiguo. Goethe, por ejemplo, tuvo en Roma un contacto íntimo con el arte antiguo, pasando ciegamente de largo ante las obras cristianas.

Si penetramos más hondo en el ámbito del sentimiento humano de los valores, descubrimos todavía en el hombre un órgano que se diferencia del mero sentimiento, que puede, sin embargo, confundirse muy bien con el sentimiento, ya que se manifiesta también, en primer término, de una manera sentimental.

Este órgano no sólo nos hace saber la calidad de los valores externos, sino que, además, valora y juzga nuestra conducta, y

esto nos lo manifiesta mediante un sentimiento interior de aprobación o reproche. El hombre experimenta en sí mismo el curioso fenómeno de que un comportamiento recto nunca le intranquiliza o le atormenta interiormente, mientras que la injusticia cometida no le deja en paz, atrae al autor del delito hacia el lugar de la acción, induce al hombre a acusarse a sí mismo, le hace infeliz, le divide interiormente y le perturba el equilibrio, robándole la paz y la tranquilidad interiores. Este órgano, conocido desde la antigüedad como *la conciencia humana*, es, al mismo tiempo, el lugar donde el hombre siente la culpa, que le obliga a pensar sobre sí mismo, que hace nacer en él el remordimiento y el deseo de expiación, de hacer algo para reparar la injusticia cometida, para ser absuelto de la culpa y poder vivir de nuevo en paz consigo mismo. Pero la conciencia no tiene un carácter de obligación forzosa, y no se parece, por tanto, a ninguno de los órganos de orientación de los animales en el ámbito del instinto, que obligan a realizar con determinación ciega un acto determinado. La conciencia, es cierto, perturba el equilibrio interior, nos inquieta y anuncia con una seguridad a veces extraordinaria que el hombre se ha robado a sí mismo los valores propios; el hombre se considera interiormente malo, bajo y vergonzoso, tanto más cuanto que él tiende al sentimiento elevado de lo decoroso, lo justo y lo noble; sin embargo, la conciencia no fuerza a la conversión sin que antes el hombre se acuse a sí mismo libremente. Por eso el hombre puede hasta odiar su conciencia, ahogarla, mandarla callar, desoír su voz hasta el endurecimiento; en una palabra, puede llegar a perderla. También esto cae dentro del ámbito de su libertad, si bien el orden perturbado se venga muchas veces del hombre y le perjudica aun en su salud corporal. Muchas enfermedades del sistema nervioso; pero, sobre todo, muchas enfermedades psíquicas, como neurosis, psicosis e histerias, provienen propiamente de una conciencia ahogada y maltratada de un modo permanente. Con lo cual la conversión hacia Dios y la reconciliación con Cristo se manifiestan a menudo como medios decisivos para restablecer la salud corporal.

En la relación del hombre con su conciencia se nos muestra clarísimamente la tragedia de la Historia moderna. En un mundo que no es entendido como fruto de la creación de Dios no tiene lugar la conciencia humana. Su presencia no hace sino estorbar, cohibe el ansia inmoderada de placer y la falta de consideración personal, que le asegura a uno un lugar en la lucha por la existencia. No es, por tanto, extraño que la actitud general de la época

moderna se haya caracterizado por su falta de conciencia, que haya suplantado la virtud por la habilidad, que, en vez de poner la felicidad de su vida en los bienes interiores, la haya puesto en el éxito externo. Y como el hombre falto de consideración tiene más facilidad para lograr el éxito externo que el hombre considerado, se ha formado un tipo de hombre, ajeno a todo orden de valores internos, decidido a vivir a costa de su prójimo. La historia del capitalismo moderno es un documento de la irrupción de la inhumanidad; otro lo es, en el sistema soviético, la esclavitud de los hombres en los campos de concentración de Siberia; un tercer documento es el exterminio de los judíos en Alemania bajo los nazis. Lo principal en estos casos es que se trata de crímenes en masa, que no se pueden achacar a unos cuantos en particular, y que, además, los que los cometieron no los consideraron como injusticia, porque se había llegado a ahogar la conciencia humana hasta tal punto que no dejaba surgir un sentimiento claro de la justicia.

Cuando la conciencia no es considerada como un órgano dado por Dios a los hombres para enseñarles qué acciones de entre las muchas posibles están de acuerdo con su voluntad, el hombre tiene por fuerza que volverse con el tiempo peor que un animal, cuyas posibilidades están rigurosamente limitadas; tiene que volverse bestial, porque abusa de su libertad, usándola arbitrariamente y sin barreras.

Por tanto, el apogeo y la decadencia de la historia humana dependerían, en primer lugar, de la postura del hombre frente a su conciencia: si reconoce la obligación de hacer el bien, aun cuando alguna vez viole el derecho—sea por debilidad o por maldad—, o si se considera señor del derecho, siendo él el que dicta y declara la injusticia como justicia. El espíritu de la época moderna, que concibe el mundo como acaso, arranca por la fuerza todas las ligaduras interiores y animaliza al hombre; con el afán insaciable de hacerse rico, de gozar, de dominar, de oprimir, el hombre perdió de vista el bien común, y fué por ello incapaz de hacer un uso moderado y regulado de su libertad. Y la consecuencia inevitable fué la destrucción total de su libertad bajo la tiranía. El bolchevismo lleva meramente a término lo que ya hace tiempo estaba preparándose en un proceso de destrucción interior del hombre.

Pero con esto no hemos dicho aún, ni con mucho, lo definitivo. Ya hemos visto que el hombre, en virtud de su razón, puede captar relaciones causales y separar lógicamente el efecto de la causa. Quizá su atención se dirija primeramente a la cadena de causas que le sale al paso diariamente; por ejemplo, a la dependencia que

tiene la cosecha de la humedad del suelo, de la lluvia, de la calidad del suelo, etc. Pero el hombre no se queda ahí. El pregunta por la razón última del hombre, por el autor de todo ser; se plantea la cuestión de la determinación última de su ser humano, de la razón de la muerte, del dolor, de la caducidad del mundo. El tiene un presentimiento o un conocimiento de un ser superior, tiene sus dioses y sus demonios. En todos los pueblos encontramos de alguna manera un saber trascendental acerca de lo divino. Un ateísmo total se encuentra tan sólo en las épocas tardías de decadencia de las grandes culturas. Los pueblos unidos íntimamente con la Naturaleza conocen la magia, la hechicería, la superstición, pero nunca un ateísmo absoluto.

En último término, es también aquí la conciencia humana la que empuja a la razón a pedir cuentas sobre las relaciones últimas de las cosas; es una exigencia implacable en el hombre el lograr una relación, un contacto con las fuerzas que determinan, en última instancia, todo lo terreno. Cuando el hombre, como en la filosofía griega, logra salir de una fe primitiva en los dioses; cuando se pregunta qué sentido tiene su presencia en el mundo, ve claramente que no le es posible, por sus propias fuerzas, explicarse el destino del hombre, ni el ser de Dios y su relación con el hombre. Platón, en este caso, llama en su ayuda al mito; Aristóteles llega hasta el primer motor. Aunque estas explicaciones tienen mucho de acierto positivo, les falta, sin embargo, la certeza, en cuanto que sobrepasan esencialmente los límites de la experiencia humana, y así quedan sin solucionar las cuestiones más apremiantes. ¿Ve Dios, o los dioses, nuestro quehacer sin tomar parte en él? ¿Están sentados en el alto Olimpo sin preocuparse de las debilidades humanas y de los humanos pecados, o nos hacen expiar aquí, o después de la muerte, lo que hemos hecho?

¿Está limitada nuestra vida a un tiempo finito en este mundo? ¿Nos engaña nuestro sentimiento al hacernos esperar una vida de eternidad? El mismo Nietzsche reconoce que todo placer desea una profunda eternidad. ¿Y no sucede incluso que el amor humano sólo se siente verdaderamente feliz cuando no piensa en la caducidad de la vida, cuando interpreta los momentos de mayor satisfacción como promesa de la eternidad?

¿Qué significa el dolor en nuestra vida? ¿Por qué hay dolor, muerte, enfermedad, mal, guerras, terremotos y desolación? ¿Qué sentido tiene una vida humana en medio de todos estos peligros, una vida en la pobreza, hambre y miseria? Y ¿por qué nos impide nuestra conciencia el desecharla sin más? ¿Por qué?

Ninguna filosofía, ninguna ciencia dan respuesta a las preguntas más acuciantes sobre la vida. El hombre acaba diciéndole a Dios: "¿Por qué me has puesto, ¡oh Dios!, en un mundo lleno de contradicciones, por qué te escondes detrás de las cosas y dejas crecer en nosotros la duda hasta la desesperación? ¿Por qué no hablas?"

Y Dios habla al hombre. Conoce sus necesidades, le hace ver su culpa, que procede del pecado; le manifiesta que ha sido él mismo el que se ha rodeado de tinieblas, al separarse voluntariamente del amor de Dios. Y Dios le promete Redención. Dios responde ampliamente a las más apremiantes y trascendentales cuestiones del hombre. Dios manifestó a Abrahán y Moisés su grandeza; escogió un pequeño grupo de hombres, cuya dirección asumió Él mismo, y preparó en él a todo el mundo para la hora en que enviaría al mundo a su Hijo como Redentor. Todo esto suena como un cuento; pero ningún poeta tendría suficiente fantasía para inventar semejante cuento, ni menos la fuerza necesaria para hacer la historia que todos conocemos como la historia del pueblo judío.

El hombre cobra, a su vez, conciencia de las exigencias divinas; se da cuenta de que Dios es el Señor que le pide cuentas, y de que, respecto a esta vida, depende de su libertad el ganarla o el perderla. Y el hombre conserva la libertad de servir a Dios o de apartarse de Él. En el momento histórico en que el Mesías entró en la Historia se alza el viejo Adán en el hombre, y niega a Dios la obediencia en la decisión del pueblo judío. La Redención se realiza a pesar de ello, pero bajo qué crueles condiciones. La muerte del Gólgota declara culpable al hombre; no es solamente una señal de salvación, abre también un abismo entre Dios y el hombre, que rehusa asumir la deuda del pecado original, que se quiere redimir a sí mismo de un modo autónomo, y, por encontrar insoportable tanto el amor de Dios como su señorío, prefiere las tinieblas a la luz.

Después de realizada la Redención, toda época, cada pueblo, todo individuo serán juzgados según la actitud que adopte respecto al ofrecimiento sobrenatural de Dios: si el hombre asume la responsabilidad de haber rehusado en Adán la obediencia a Dios y de haber puesto en cruz, con el pueblo judío, a Jesucristo, asume también la eficacia salvadora de la obra de la Redención, y consigue de ese modo que Dios lo absuelva de esa culpa, le otorgue la salvación y le invite a tomar parte con Él en el banquete nupcial eterno.

Pero si el hombre rehusa a Dios la obediencia, encuentra que Adán—esta curiosa mutación de un primate en un hombre—es algo

completamente falto de interés; considera la palabra de Dios como un cuento, a Cristo como un loco (en caso de que haya existido), a la Iglesia como algo inventado por los sacerdotes para someter espiritualmente a la Humanidad; no encuentra en sí ninguna culpa, sino sólo en los otros; está seguro de que ningún dios, ningún tribunal le hará justicia después de la muerte; vive por ello de un modo salvaje, con objeto de no dejarse robar su felicidad; engaña, perjudica y roba a sus prójimos; ansia ávidamente riquezas, honores, poder. Sin duda, para estos hombres Dios no ha hablado, ni ha redimido al mundo, ni prometido felicidad eterna a condición de una vida justa. La libertad del hombre es tan grande, que Dios no fuerza a su criatura a hacer de ella el recto uso. El camino del hombre hacia el abismo está libre; el hombre puede hacer ya de este mundo un infierno, y esto es lo que ha hecho en los tiempos modernos.

¿Apogeo o decadencia de Occidente?

Quizá poco a poco vamos encontrando un criterio para juzgar la Historia. Al menos, pueden determinarse más exactamente dos casos extremos. No es imaginable que una comunidad de pueblos que se separa de Dios después de haber vivido con Él durante siglos no muestre signos de decadencia. Antes bien, hemos de encontrar necesariamente estos signos allí donde los hombres se mantienen alejados radicalmente de Dios; en su rostro deben hacerse tan visibles las huellas de la decadencia como en su impaciencia, nerviosismo y superficialismo, y, sobre todo, y en primer lugar, en las relaciones mutuas de hombre a hombre; en todos los pueblos secularizados nos salen al encuentro dichas huellas en la frialdad, desconsideración, codicia, astucia, bandidaje; en la división de los partidos políticos, en la anarquía de los valores en la prensa, cinematógrafo y radio; en la descomposición del arte en la música atonal, en el *jazz*, en los monigotes de Picasso y en el arte y en la filosofía nihilistas de un Sartre.

Por el contrario, no se puede pensar cómo épocas y pueblos que se entregaron a Dios y lucharon por la fe, la salvación y el recto orden, no nos den también testimonio de ello en sus manifestaciones y creaciones, en sus espléndidas catedrales, en la pintura y escultura, en su pensamiento—las sumas de la Escolástica—, en la ordenación de sus costumbres, en la riqueza de arte popular y, sobre todo, en las manifestaciones de piedad litúrgica y popular, en la oración y en las peregrinaciones, en la penitencia y en el júbilo pascual, en la piedad y en la disciplina.

No obstante, también la época de que hablamos en primer lugar

mostrará huellas de profunda piedad de parte de individuos particulares o de grupos determinados, e incluso pueblos enteros pueden ser preservados, por la gracia de Dios, de apartarse de Él—a mi entender, España es la prueba más a la vista de ello—, mientras que, incluso en las épocas más profundamente matizadas de cristianismo, no faltarán del todo ni el mal, ni el error, ni el abuso del poder, ni la *hybris* humana. Pero según las fuerzas que prevalezcan en la configuración de la vida pública florecerán o decaerán los pueblos en su conjunto. En nuestra opinión, no son, por tanto, los progresos de la civilización y de la técnica los que nos dan un criterio para valorar la Historia, sino las fuerzas y virtudes internas, espirituales y religiosas. ¿Qué le importa al hombre ganar el mundo si pierde su alma?

Cuando se anula y destruye la fe de Dios y la obediencia a sus mandamientos, sufren perjuicio consecuentemente las relaciones mutuas entre los hombres: la familia y el Estado se descomponen, e incluso el hombre se torna incapaz de disciplinarse y usar el poder recibido con una sabia limitación.

En el desarrollo de los Estados occidentales se hace especialmente visible la decadencia de los tiempos modernos. Haríamos muy bien en recordar, al menos en esquema, las fases de este desarrollo.

Pensemos, una vez más, en el mundo de los animales. También allí hay estados; esto es, una ordenada vida común en grandes familias, particularmente en lo que toca a los insectos, respecto a los cuales todas las funciones de los miembros que colaboran en el trabajo de la familia o agrupación están rígidamente reguladas según un plan dispuesto por el Creador. También del hombre podemos decir, como Aristóteles, con razón, que es un ser adaptado a la comunidad estatal, de modo que, prescindiendo de puras situaciones extremas, no puede existir si no es en comunidad estatal. Pero el hombre, merced a la libertad que le ha sido dada, tiene la posibilidad de configurar por sí mismo las formas estatales, y construir y configurar su Estado de un modo republicano o monárquico, democrático o autoritario, aristocrático o plebeyo. Sólo una cosa no puede hacer: eliminar el Estado, aun cuando quisiera de buena gana hacerlo; no puede crear un ámbito sin Estado, en el que fuera posible la vida común de individuos libres, sin orden, sin autoridad, sin justicia, sin Policía. Por eso, todo anarquismo es una mentira, una falsedad, que hay que desenmascarar.

Si en alguna parte se manifiesta absolutamente necesaria una norma moralmente obligatoria, lo es en la ordenación de la vida

estatal. Sin ella, el orden estatal derivará hacia la anarquía o la tiranía. Pero como el hombre es libre, también el orden estatal estará en peligro; una y otra vez podrá darse, por parte de los hombres, el intento de hacer mal uso de él o de destruirlo.

También aquí se nos muestra que los hombres apenas pueden por propias fuerzas encontrar el recto orden. Sólo la palabra de Dios es la que ha hecho comprender al hombre la esencia y el alcance verdaderos del orden estatal. Con la fundación de la Iglesia se le quitó fundamentalmente al Estado la pretensión de ser él el portador de la salvación; se sustrajo a su influencia un ámbito interior del hombre y se le reservó a Dios solo. La frase del Señor: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", establece el fundamento de esta polaridad de Iglesia y Estado. Carece de importancia a este respecto el hecho de que sólo a través de amargas experiencias haya visto la Edad Media el error de la idea del Sacro Imperio y de la Iglesia imperial; la herencia pagana del Dios-Emperador, de la unidad de culto y dominio, sólo pudo ir siendo superada poco a poco. Por el contrario, es muy importante el hecho de que se haya realizado la división del poder en poder espiritual y poder temporal; que el orden del mundo haya encontrado una expresión visible en el Papa y en el emperador, siéndole encomendado a la Iglesia el cuidado por la salvación eterna y al Imperio el cuidado por el bien terreno, como dos tareas completamente separadas. Con esta división del poder se le puso un freno a la *hybris* humana; pero más todavía que este hecho fué el respeto a la ley de Dios lo que hizo que el abuso caprichoso e ilimitado del poder quedase limitado a casos muy contados.

No obstante, esta división de poderes no dió paso a la anarquía, a una oposición fundamental de ambos poderes, aunque se haya llegado de hecho entre ellos a graves desavenencias; antes significó la ordenación de ambos al servicio de Dios y al de los hombres, según el criterio de que la salvación eterna era el fin y el orden humano el medio para lograr ese fin.

Mientras a la Iglesia le era confiada la fe, el Estado tenía que defender el derecho y cuidar del bien común.

El recto orden humano no es menos importante para la salvación que la recta creencia; cuando el hombre es forzado por el orden terreno a hacer el mal o a tolerarlo en demasía, el fin no está menos amenazado que cuando falta la verdadera fe.

La Edad Media, que conservaba la herencia del Imperio romano, comprendió como un especial favor de Dios el no estar organizada en Estados particulares, cuyas continuas guerras hubieran pertur-

bado la paz de los pueblos; para ella constituía una gracia singular de Dios el que la cristiandad estuviese agrupada como un todo en el orden del Imperio (o mejor de los dos Imperios), que garantizaba a todo el mundo antiguo un mínimo de paz y de defensa jurídica.

Si, después de un siglo de guerras interestatales, consideramos hoy a la Europa arruinada, nuestro corazón se llenará de arrepentimiento y nostalgia, y comprobaremos con amargura cómo fué la arrogancia y la codicia de los príncipes del Imperio lo que dividió a éste en territorios nacionales, bajo los cuales ha sufrido de manera especial Alemania después de la guerra de los Treinta Años.

Sólo hoy, desde nuestra situación, podemos apreciar en todo su valor la significación del antiguo Imperio. El Estado nacional no puede ser nunca el orden estatal definitivo, aunque los pueblos le deban muchas cosas; la reunión de las naciones en un orden superior responde no sólo al ansia de los hombres por conservar la paz entre los pueblos, sino también a la realidad histórica y a la concepción de la Escritura, que ya en el *Libro de los macabeos* vió en el Imperio romano un orden humano grato a Dios.

Un Imperio sólo puede subsistir si tiene unidad interna; si está dividido, se derrumba. No puede caber la menor duda de que todos los vicios que ha fomentado la Edad Moderna en el hombre son enemigos de toda solidaridad internacional. Por eso hay en el momento presente tan poca esperanza de una voluntaria unificación de los pueblos europeos. Demasiado profundos son el egoísmo y la desconfianza, demasiado grande la división espiritual, para que pueda realizarse la unión europea incluso bajo la presión del peligro soviético. Se hará solamente lo imprescindible en el último momento, y probablemente se omitirá entonces lo más necesario. En la hora del mayor peligro, en que se ha formado un Imperio de proporciones nunca conocidas, que profesa un ateísmo total y militante, y vincula a sus súbditos por medio de la sangre y el terror, se muestra Europa occidental, la Europa libre, débil, inerme, dividida, desgarrada e inhábil para unirse y utilizar sus fuerzas. Pero con esto no está dicho lo más decisivo.

Si por lo menos estuviesen los Estados europeos bien afirmados interiormente y poseyesen un orden recto y una dirección clara... Pero aquí justamente se hace manifiesto el fallo de la época moderna. ¡Qué débil es el régimen francés, cuán a menudo cambian sus Gobiernos, e incluso cuán amenazada interiormente está Italia! Aún respecto a la Alemania occidental, no podemos saber

si la seguridad interior reconquistada no será disuelta en un futuro próximo por un nuevo caos de partidos.

También a este respecto fué la voluntad de autonomía de la época moderna la que puso los fundamentos que condujeron a la disolución de la constitución interna del Estado. El absolutismo ha disuelto, en favor del monarca obsoluto, el orden estatal de la Edad Media, que representaba un entramado equilibrado de derechos y deberes civiles, de señorío de la nobleza y de orden imperial.

La época moderna se libró, a su vez, de la camisa de fuerza del absolutismo mediante una cadena de revoluciones, y sustituyó al antiguo régimen por el Estado contractual individualista. Tan laudable como había sido el paso a un orden constitucional, el desmembramiento en partidos, que se atacaron mutuamente de la manera más cruda, dió en seguida a las modernas democracias continentales el carácter de anarquías organizadas.

El Estado quedó entregado a los grupos de intereses y perdió su dignidad e independencia reales. Al no ser acatada la voluntad de Dios, los pueblos intentaron en vano fundamentar el orden interno en la voluntad popular. El pueblo fué representado por partidos, que tenían ante los ojos, en primer lugar, su bien propio, y sólo en segundo lugar el bien del pueblo.

El Derecho se convirtió en juguete de las luchas internas por el poder, y las leyes eran cambiadas a una con los legisladores, sin que se consiguiese resolver los problemas decisivos que surgieron en los pueblos, sobre todo a consecuencia de la revolución técnica. El desarrollo más afortunado se dió en los países anglosajones, cuya democracia descansa en principios de derecho natural, que no tienen nada de común con el Estado contractual individualista del continente. Pero incluso los mismos anglosajones se muestran hoy día inseguros en la lucha con el bolchevismo; están perdiendo influjo y prestigio en todos los pueblos no europeos, y los EE. UU., a pesar de estar llevando a la práctica un programa de ayuda cuantiosa a los territorios poco desarrollados, no tienen ni en Asia ni en Africa el mismo prestigio e influjo que tienen la Unión Soviética y la China Roja, cuyo poder se acrecienta constantemente.

¿Apogeo o decadencia de Occidente?

Al hombre de hoy se le han puesto en la mano posibilidades inmensas de acción y de poder. ¿Serán suficientes las fuerzas morales que posee para hacer recto uso de dichas posibilidades? ¿O tendremos que expiar en una guerra atómica la *hybris,* la soberbia

de la época moderna? ¿Nos atacará más bien el bolchevismo por dentro e irá arrancando a un pueblo tras otro de la tan floja comunidad de los pueblos atlánticos? ¿Seguirán los pueblos descomponiéndose interiormente, disolviéndose los lazos de la familia, perturbándose el orden social por las luchas de intereses y de clases? ¿Seguirá creciendo el egoísmo, que no sabe de sacrificios ni de amor al prójimo; acabaremos, al fin, sucumbiendo todos en la lucha de todos contra todos? No lo sabemos. Pero para el próximo futuro auguramos poco bueno.

El que tenga algún poder de captación para juzgar los signos del tiempo percibe claramente que se anuncia un cambio espiritual de grandes proporciones. El espíritu de la época moderna, de ateísmo y soberbia, de autonomía y finitismo está conceptuado en decadencia. Las ciencias naturales, de las que partió el pensamiento que creyó poder prescindir de Dios, han llegado al límite de la experiencia posible, las hipótesis del mundo eterno se han desvanecido, el autodesarrollo dialéctico de la materia se ha hecho algo insostenible, el misterio de la creación se ha vuelto a hacer visible en este mundo. En Alemania fué el gran físico Max Plank uno de los primeros que consideró de nuevo a Dios como el autor del universo y el legislador de todos los órdenes naturales, y muchos investigadores de relieve le siguieron por este camino. Religión y ciencias de la naturaleza permanecen separadas sólo para los sempiternos atrasados. Pero también las ciencias del espíritu y la medicina empiezan a hacer correcciones decisivas, y la psicología ha descubierto de nuevo la estructura del alma humana, y hoy se sabe de nuevo que la culpa malquista al hombre consigo mismo y exige arrepentimiento y expiación; que el hombre está necesitado de salvación y lucha por encontrar el sentido de la vida en un mundo falto de sentido; que dirige su mirada hacia lo eterno, porque lo terreno le ha defraudado amargamente. Por otra parte, los poderes que pueden designarse como los representantes militantes del ateísmo decadente, se disponen a sacar todo el partido posible de los defectos y debilidades del Occidente, para someter a todo el mundo a su dominio. Lo que sobrevive debe morir, y muchas cosas que todavía son hoy día muy consideradas en Occidente, pero cuya existencia es debida a una *Weltanschauung* perversa, y en el fondo ya rechazada, deben sucumbir. A este respecto, al bolchevismo le compete la tarea de acelerar el proceso; también él tiene que hacer a Dios un servicio, aunque se crea lo contrario. Pero el tiempo nuevo, que nos traerá una nueva piedad, una nueva manera de entregarse a Dios, no surgirá sin duras luchas, sin terribles dolores

de parto. No es fácil borrar del libro de la Historia siglos de ateísmo colectivo; lo perverso se aferrará con gran tenacidad a su existencia y luchará por conservarla. Por eso debemos contar con el advenimiento de tiempos malos. Y, sin embargo, yo creo firmemente que los días del estado de enemistad para con Dios y de falta de fe están contados en el mundo. La vuelta de los judíos a Tierra Santa, profetizada por el profeta Ezequiel para el fin de los tiempos, y la promesa hecha por Dios de estar al lado del pueblo judío en el campo de batalla y de destrucción de Magog (el príncipe de Mesech y Tubal, que, según la concepción de todos los exegetas de la Biblia, significa Rusia), y mostrarse gloriosamente en él, indican, si no otra cosa, sí, al menos, que al final de este tiempo Dios participará en la Historia de un modo visible.